

XL.

La cabaña de José.

Al día siguiente, Marta previno á Eva que Jacobo la aguardaba en su laboratorio.

De nuevo se la oprimió el corazón y las lágrimas inundaron su rostro; pero dominó el primer impulso, enjugó los ojos con su pañuelo, y subió risueña á ver á Jacobo.

Al verla entrar, salió á su encuentro y la besó en la frente del mismo modo tranquilo y frío que lo había hecho la víspera y que helaba á Eva.

Con la mano la indicó un sillón.

Eva se fijó en el lecho de Jacobo y vió que no estaba deshecho; no se había acostado.

Se arrodilló delante de la cama, recitó una plegaria y se sentó en el sitio indicado.

—Eva, dijo Jacobo, ya estamos de regreso en Argenton; ya estais otra vez en esta casita que decís seros más querida que todo. Yo he vuelto por las promesas que me habeis hecho: ¿las cumplireis?

—Las cumpliré.

—¿Por completo?

—Por completo.

—Me habeis autorizado á vender vuestra casa de la calle de la Victoria, con todo lo que encerraba.

—Sí.

—La he vendido.

—Habeis hecho muy bien, amigo mio.

—De lo que encerraba no ha quedado nada.

—Tal era mi deseo; además os he dejado en toda libertad con respecto á mis bienes.

Jacobo guardó un momento silencio.

—¿No deseais saber en cuánto he vendido todo?

—No me interesa, dijo Eva. ¿Ese dinero no está ya destinado para lo que ha de ser?

—Sí; para fundar un hospital; pero todavía se debian del pago de la casa cuarenta mil francos.

—Es cierto.

—Pagados los cuarenta mil francos, quedan setenta mil, lo cual no es bastante para la fundacion de un hospital que tenga cuarenta camas.

—Tomad el resto de otra de mis propiedades.

—He pensado una cosa: el castillo de Charelet existe; para vos no tiene sino recuerdos sombríos: en una noche de baile murió abrasada vuestra madre.

Eva extendió la mano para rogarle que no evocase recuerdos.

—Vos le habeis habitado solo para llorar nuestra separacion, segun me habeis dicho.

—¡Oh! os lo juro.

—Cuando se ejecuten nuestros proyectos os quedará muy poco para vivir: ese palacio no es el de una reclusa, ni el de una mujer sola, y sí el de una familia del gran mundo. ¿Qué hareis allí aislada?

Eva se estremeció.

—No quiero vivir sola en ninguna parte; quiero estar con vos, al lado vuestro.

—¡Eva!

—Ya os lo he dicho: entre nosotros no se hablará de amor, os lo repito: haced del palacio de Charelet lo que os parezca.

—Sacaremos el retrato de vuestra madre, y en donde quiera que habiteis se pondrá ese retrato en vuestro dormitorio.

Eva tomó la mano de Jacobo y la besó, antes que tuviera tiempo de impedirselo.

—Es por gratitud; no es por amor. ¿No hemos convenido en que no es bastante que me arrepienta, sino que es preciso que me regenere?

—Sin embargo, algun dia será preciso separarnos.

Eva le miró aterrada; pero aquella mirada no encerraba ninguna queja.

—Jamás me separaré de vos, Jacobo, no siendo que me arrojéis de vuestra casa. Cuando os canseis de mí, me direis: vete, y me iré; pero despues buscareis mi cadáver, lo cual no os costará mucho, porque estará cerca. ¿Pero por qué arrojarme de vuestro lado?

—Si algun dia llegase á casarme... dijo Jacobo.

—¿No he previsto hasta ese caso? contestó Eva con voz ahogada. ¿No hemos convenido que si vuestra esposa opusiera conservarme á su lado seré su lectora, su doncella ó su señorita de compañía? Dejadlo á su eleccion; la rogaré tanto, que al fin me lo concederá.

—Hablemos del palacio; ¿no os parece que hagamos de él un asilo? Es un edificio construido ya, y vendidos los muebles tendremos suficiente para sostenerlo y fundarle una renta. Me han dicho que hay cuadros de gran valor; un Rafael, un Leonardo Vinci y tres ó cuatro Claudio Loreno: vuelve el lujo, vuelve el buen gusto de las bellas artes, de modo que podremos obtener trescientos ó cuatrocientos mil francos solo de la galería de cuadros.

—He oido decir á mi padre que habia un Hobbema, por el que le habian ofrecido cuarenta mil francos, dos ó tres Mieris encantadores y un Ruisdaél que no tiene rival en los museos holandeses.

—Pues bien, queda convenido lo del palacio. Si no hubiera bastante con la venta de los cuadros, acudiremos á las tierras. ¿Recordais haberme dicho que no retrocederéis delante del peligro y que cuidareis á las enfermas y á los niños, y que aun cuando hubiera fiebre contagiosa ejerceríais la caridad arriesgando vuestra vida?

—Lo he dicho, y he añadido que esperaba que llenando ese piadoso deber me acometiera alguna calentura perniciosa, porque entonces me veria cuidada por vos y moriria en vuestros brazos;

estando seguro de que no volveria á la vida, me daríais el abrazo y el beso de perdon.

—¿Y lo repetís? preguntó Jacobo.

—Me preguntais si lo repito, y os demuestro que sí.

—Bien, contestó el doctor; me precisa montar á caballo; no me espereis hasta la hora de comer: si hoy no vengo, no os alarmeis, porque me habrán detenido.

—Gracias, Jacobo, dijo dulcemente Eva.

Se levantó, retirándose mirando á Jacobo, y subió á su cuarto.

Poco despues oyó el galope de un caballo, se precipitó á la ventana y vió al doctor que volvía la esquina de la callejuela por donde se iba al castillo de Charelet.

Eva se equivocó, pues Merey se dirigió primero á la cabaña de José.

Le costó bastante trabajo encontrarla y penetrar á caballo por entre el bosque, por lo frondoso que estaba.

Encontró á José sentado á la puerta y preparando su deteriorado fusil.

Jacobo le conoció al momento, pero estaba tan lejos de pensar en él, que fué preciso que se nombrara para que el guarda-bosque le reconociera.

—¡Ah! señor doctor, ¿sois vos? exclamó el buen hombre: me encontráis solo, pues mi pobre madre murió.

—Pero vos estais bueno, José, y me parece, por lo que veo, que no habeis renunciado á vuestro antiguo oficio.

—¿Qué quereis? Mientras vivió el marqués de Charelet, esperaba llegar á ser guarda de todas sus propiedades; pero fusilaron al infeliz y poco faltó para que no me fusilaran á mí, pues él queria que le hubiera acompañado á la guerra; pero batirme contra mi patria, jamás; no soy sino un pobre aldeano, pero amo mucho á la Francia.

—¿De modo que el objeto de vuestra ambicion, amigo mio, era llegar á ser guarda general de las propiedades del marqués de Charelet?

—Sí, señor. Ahora que no pueden prender á los cazadores fur-

tivos, los propietarios deben hacer á estos guardas de sus fincas. Como sabemos lo que se hace para cazar liebres y conejos, no sería fácil engañarlos, y el que ponga su confianza en mí, ya puede estar tranquilo.

—¿A quién pertenece este bosque en que habitais?

—Pertenece, segun os dije en otro tiempo, al marqués de Charelet.

—Entonces formará parte de la herencia.

—Ya lo creo.

—¿Pero tal vez no desecis dejar este bosque y esta cabaña, aunque sea por otra mejor?

—¡Oh! contestó el cazador moviendo la cabeza con aire melancólico; desde que salió de aquí la niña Elena, desde que Escipion me abandonó, y desde el día en que murió mi madre, ya no la miro con cariño.

—Entonces se podrá arreglar todo; dijo Jacobo. La señorita de Charelet me ha encargado que venda los bienes de su padre, y al que los compre le pondré por condicion que os nombre guarda. ¿Qué deseais ganar?

—¡Ah! señor doctor, demasiado sabeis que no se puede servir de balde.

—Ya lo sé, amigo mio, y por eso os pregunto cuánto quereis.

—Señor doctor, un buen guarda no tiene precio, pero lo pondremos en lo ménos. Un buen guarda gana ochenta francos por mes: debe matar dos conejos todos los dias y una liebre el domingo.

—Me encargo de que obtengais lo que deseais, y además, que os construyan una casita de piedra en lugar de esta cabaña y en el sitio que deseais.

—Ya os lo he dicho, señor doctor; el sitio me importa poco: este para mí es más triste que los demás, y si hubiera tenido á dónde ir, ya me hubiera ido. Estaba decidido á irme de aquí y hasta del pais en el primer enredo que me armaran; pero me temen, sin saber por qué, pues no soy malo; verdad es que en un tiempo dije que mataria como un perro al que hiciera por arrojarme de esta

cabaña, pero era cuando vivia mi pobre madre y cuando la niña jugaba con Escipion.

—¿Cuánto tendrá este bosque? preguntó Jacobo.

—Tres ó cuatro fanegas de tierra, con manantiales magníficos, de los que se podria fácilmente formar un rio.

—¿Pero no hay camino para venir aquí?

—Sí señor, el camino del castillo, que pasa á medio cuarto de legua; con algunos cientos de francos se podria empedrar, y se acabó.

—Pero yo creia encontraros rico; dijo Merey al leñador.

—¿Rico? ¿Por qué?

—Porque el marqués de Charelet podia haberos regalado diez ó doce mil francos por haber encontrado á su hija.

—¡Oh! con poco lo hubiera hecho; pero os aseguro, señor doctor, que cuando vi llegar al castillo á la pobre niña tan triste y tan desgraciada, procuré no volver á ver al señor marqués. Además, no quise partir con él; le dije que estaba por el nuevo régimen, y todo esto fué causa de que él se retrajera; además, creo que supo que su hija me habia dado una carta para vos, y desde entonces todo concluyó entre nosotros.

—Sí, dijo Jacobo; sé que habeis hecho ese favor á la pobre niña, y por eso, tomad, aquí teneis un año de sueldo pagado adelantado, como guarda general.

Y le entregó un saco de piel, en donde llevaba contados mil francos.

—Si vienen aquí algunas personas con pinceles, brochas y papeles y que os digan son arquitectos, les dejais hacer lo que quieran.

—Bien, se hará así, señor doctor.

—Pero no direis nada de esta conversacion, porque entonces no se haria lo dicho.

—Pero si no digo nada, ¿es seguro?

—Sí, amigo mio.

—Señor doctor, cuando se hace una escritura y no se firma, se da la mano; entre gente honrada, vale más que la firma. Dadme la mano, señor doctor.

—Tomadla, dijo Jacobo tendiéndosela y estrechando la del cazador con cordialidad. Ahora decidme cuál es el camino más corto para ir al castillo.

José caminó delante por un sendero que no había visto nunca Jacobo, y le condujo hasta el lindero del bosque.

—¿Mirad, dijo; veis esas veletas?

—Sí.

—Pues bien, son las del castillo de Charelet. ¡Pobre marqués! ¡Cuánto le gustaban sus veletas! Lo que es ahora, bajo seis piés de tierra no las verá dar vueltas.

Y José se encogió de hombros filosóficamente.

XLI.

El palacio de Charelet.

El doctor siguió al paso por el sendero que le había indicado José; efectivamente, no había ni medio cuarto de legua y á mitad del trayecto encontró el camino que conducía y que distaría del bosque trescientos ó cuatrocientos pasos.

El guardian del castillo era Juan Munier, comisario anteriormente de policía y entonces intendente del palacio.

Cuando le fueron devueltos los bienes preguntó Eva al buen hombre si prefería un destino en París, expuesto á perderlo, ó uno tranquilo y seguro con seis ó siete mil francos de sueldo; aceptó lo segundo.

Pero se alarmó al oír decir que el castillo y sus dependencias se iban á vender, y temió perder su cargo de intendente.

Al ver acercarse á Jacobo Merey creció su inquietud, pues temió fuera un comprador.

Efectivamente, las primeras averiguaciones de Jacobo, quien pidió ver el castillo detenidamente, no le tranquilizaron, y procuró captarse su benevolencia.

Hizo algunas preguntas.

—No creo, dijo Jacobo, que se venda el castillo; pero se le destinará para otra cosa. Si la señorita de Charelet os ha ofrecido, como me decís, encargarse de vuestro porvenir, le recordaré esa promesa. Decidme vuestro nombre y no os arrepentireis de haberme conocido.

—Caballero, me llamo Juan Munier.

No pudo Jacobo contener un estremecimiento. Era el nombre del comisario que habia recogido á Eva al pié del cadalso.

Le miró con atencion.

—Juan Munier, dijo; efectivamente, la señorita de Charelet os debe muchos y grandes favores. Si no le salvásteis la vida, por lo ménos se la habeis conservado en circunstancias terribles.

—¿Lo sabeis, caballero?

—Lo sé, sin... y tal vez habreis oido pronunciar mi nombre.

Juan Munier miró al desconocido con curiosidad.

—Me llamo Jacobo Merrey, contestó el doctor fijando su penetrante mirada en el intendente.

Juan Munier dió un paso atrás y juntó las manos; despues, con expresion de júbilo, de cuya sinceridad no se podia dudar, dijo:

—¡Ah! caballero; ¿os ha encontrado al fin?

—Sí, contestó friamente Jacobo.

—¡Ah! ¡Qué feliz debe ser mi querida señorita! continuó el antiguo comisario; ¡cuánto os ha nombrado! ¡Ya lo creo! A cada momento os llamaba con gritos de dolor y entre las lágrimas. ¿Sabeis en dónde la encontré, caballero, añadió sujetando el brazo del doctor? La encontré al pié de la guillotina, en donde queria morir porque os creia muerto. Milagro fué que no la tocara como á los demás. Veinte cabezas cayeron delante de ella; felizmente Sanson tenia la cuenta y no quiso pasar adelante, por más que ella se obstinaba. No murió, á Dios gracias; vive, es rica y os casareis con ella, ¿no es cierto?

Jacobo se puso pálido como un cadáver.

—Enseñadme el castillo, dijo.

Juan Munier tomó las llaves, y con el sombrero en la mano condujo á Jacobo á la escalera principal.

Merrey no habia visto el palacio más que por fuera, cuando vivia el marqués; siempre rehusó entrar, por más que tres ó cuatro veces le hubieran enviado á buscar, unas para los señores, otras para los criados.

Hemos dicho ya que era un castillo del siglo XI, con restos de torres, murallas y puentes levadizos.

Como en todos los castillos de aquella época, se entraba en una sala de guardias; se pasaba á los salones, á los aposentos destinados á dormitorios, gabinetes y cuartos de tocador, todo lo cual formaba una fachada de veinticuatro ventanas.

La vista era magnífica y dominaba los alrededores. Solo uno de los dormitorios estaba desamueblado, y por todo adorno conservaba un retrato de mujer parecido á Eva.

Era la habitacion en donde el fuego abrasó á la madre de la joven. Aquel retrato era del que hablaba en el manuscrito y ante el cual se arrodillaba y rezaba en los dias de profunda tristeza. Despues continuaba una série de habitaciones suntuosamente amuebladas.

Allí en aquellos salones, en aquellos gabinetes, en aquellos tocadores fué en donde encontró Jacobo los cuadros de que le habian hablado; el Rafael, que representaba una santa Genoveva hilando entre un perro y un carnero del ganado. Allí vió los Hobbema, los Ruysdaël, los Mieris, y un maravilloso Leonardo Vinci; en fin, un tesoro de pinturas italianas y flamencas.

En su libro de memorias apuntó los cuadros y dió la lista á Juan Munier, ordenándole que los colocara en cajones. En las chimeneas habia preciosas miniaturas de Pelitot, Latour, Isabey, Lebrun, padre é hija, tres ó cuatro de Grence, encantadores cuadros de gabinete y esas joyas de porcelana de Sajonia, de las que se ven con profusion en los antiguos castillos de las orillas del Rhin.

Habia una fortuna en esas mil futilidades tan necesarias para el lujo.

Todo esto lo apuntó Jacobo y ordenó se guardara en cómodas y papeleras de palo de rosa y de cedro, de las que habia muchas en los suntuosos aposentos del palacio.

Arañas, espejos de Venecia, candeleros tan caprichosos como los sueños de la Pompadour ó la Dubarri; pinturas en la pared, de Watteau, Vanloo, de José Vernet; colecciones de esmaltes de Limoges, verdaderos tesoros, en los cuales no se habia fijado Eva, fuera porque ignorase su valor ó porque estuviera demasiado triste para ocuparse de bagatelas.

En el segundo piso habia un surtido de muebles de Luis XVI, los que en aquella época no valian más que su precio corriente, pero que hoy hubieran arruinado á un anticuario.

Hubiera necesitado no un dia, sino un mes, para visitar todos los salones y para apreciar sus riquezas; habia tapicerías de Beauvais, de Arras, muchas habitaciones cubiertas las paredes con sedas de China, y muebles, y porcelanas, y adornos, todo de la China: se habian necesitado tres generaciones de propietarios ricos y dueñas coquetas para reunir lo que encerraba aquel gigantesco estuche de granito.

Como todos los emigrados, creia el marqués de Charelet ausentarse por cuatro ó cinco meses; así es que habia dejado objetos preciosos en estuches y cajas, y la confiscacion lo habia conservado.

Habia para amueblar cuatro casas y dos palacios como se empezaban á construir entonces, con lo que encerraba el palacio de Charelet.

Los terrenos que le rodeaban estaban destinados á jardines frutales, á jardines de recreo á la inglesa, como ya empezaban á verse en Francia, y por último un gran parque, cuyas largas calles parecían extenderse hasta el fin del mundo.

Con solo que se cortara la madera inútil podian sacarse más de cien mil francos.

Al pié de la meseta en donde estaba construido el castillo corria un riachuelo, que, despues de formar dos ó tres lagos llenos de pescados, iba á desaguar en el Creusa.

Nada más pintoresco que aquellos molinos, parecidos á las construcciones que habia hecho en Trianon el arquitecto de María Antonieta, y que habian dado pábulo á las calumnias que persiguieron á la pobre reina durante su vida y despues de su muerte.

Cada una de aquellas construcciones era un pequeño retiro para un poeta, para un pintor, para un compositor.

Por cada una de las ventanas se disfrutaba de diferente golpe de vista; ya de una belleza salvaje, ya risueño.

El intendente habitaba uno de aquellos albergues con su mujer,

jóven todavía, y dos niños pequeños, aunque todos los dias subia al castillo para ver si todo estaba en órden.

Jacobo le dijo lo que habia hecho por José, el leñador. Juan Muiier le conocia, pero ignoraba la parte que habia tomado en la historia de Eva.

Sin decirle más de lo que sabia y sin dejarle adivinar lo que pensaba hacer con el bosque en donde estaba situada la cabaña, Jacobo le recomendó que no le impidiera cazar cuanto quisiera y que fuera complaciente con él.

A cada paso encontraba Jacobo un recuerdo; aquí habia curado un niño que al coger un nido cayó del árbol; más allá á una madre que cuidando á su hijo habia caido enferma á su vez; allí un anciano paralítico con el que por primera vez habia intentado la curacion por el veneno.

Todos le reconocian, le detenian; hablaban de él, y nadie se separaba sin hablarle de Eva y sin renovar ese punzante dolor de oír su nombre.

Además, ¿no estaba aquel nombre muy presente en su pensamiento? ¿No volvia por el mismo camino que el dia en que llevó á Eva, envuelta en su capa, desde la cabaña de José?

Hacia diez años, y lo tenia tan presente como si hubiera sido la víspera, pareciéndole ver á Escipion saltando delante de él y corriendo á su encuentro para olfatear la capa en que iba envuelta su ama.

Absorto en sus pensamientos, dejaba caminar el caballo al paso, reconociendo que era un supremo beneficio de Dios el dejarnos ignorar el porvenir.

Para hacer una buena accion, para adelantar un paso en la ciencia llevaba aquel cuerpo inerte y mal formado, no esperando verle en un desarrollo tan perfecto como al que habia llegado, gracias á sus cuidados, sin poder adivinar la influencia que ejerceria en su porvenir aquella niña sin inteligencia, sin mirada, sin habla.

¿Tiene el hombre escrita su página en el libro del universo, ó camina tropezando en su camino y cada cual al impulsarle á derecha é izquierda cambia su porvenir?

¿Qué hubiera hecho de aquel sér informe que le impedía caminar rápidamente, si hubiera sabido que de él surgiria un manantial de dolores, en el que durante seis años habia bebido mil delicias? ¿Lo hubiera abandonado en un recodo del camino, ó lo hubiera vuelto al monton de paja en donde lo habia encontrado?

Pues bien, no; tales son los sombríos misterios del corazon; la curiosidad le hubiera hecho más querida y más interesante á aquella criatura, aunque hubiera sabido que era instrumento destinado á causar su desgracia y probar su bondad.

No, la hubiera conservado, y por los instantes de felicidad que habia sentido hubiera arriesgado aquellas torturas, las que se confesaba á sí mismo que tenian una amarga dulzura.

Sumido en estos pensamientos entró en Argenton. Desde lejos vió la pequeña casa, con su mirador, en donde le esperaba Eva, y se dijo con doloroso sentimiento, aunque hubiera sentido no fuese así, que iba á encontrar á la hermosa flor que habia brotado aquella raquílica planta.

A veinticinco pasos de la casa encontró á Bautista, que se acercó á él con el rostro gozoso. Habia ido en busca del doctor; no lo habia encontrado, pero encontró á Eva.

Apoyó la mano familiarmente en el cuello del caballo de Jacobo y le acompañó, dándole gracias por la centésima vez por haberle salvado la vida.

—¿Tú eres feliz, mi pobre Bautista? preguntó Jacobo.

—Pardiez, sí señor, contestó, y creo que hay una Providencia para los pobres.

—¿Por qué para los pobres, Bautista?

—Porque para contentar los deseos de los ricos se necesitan muchas cosas, mientras que con tres ó cuatro dias que tengan los pobres el pan adelantado hasta para que estén contentos. La menor cosa les satisface: hace tres dias que no tenia un cuarto ni un pedazo de pan; supe que habia llegado la señorita Eva; la felicidad que sentí con esta noticia fué mi almuerzo; vengo á verla, me dió un luis, con lo que tengo para diez ó doce dias, y para entonces cobraré la pension.

Merey lanzó un suspiro. Eva empezaba por sí misma á ejercer la caridad y sin que la impulsaran á ella.

Dió su caballo á Bautista, sacó la llave de su bolsillo, abrió la puerta y entró.

Se dirigió directamente al comedor, porque era la hora de comer.

Al pasar delante del dormitorio de Eva vió la puerta abierta y la sombra de la jóven.

La mesa estaba puesta, pero con un cubierto.

Llamó á Marta, y con tono brusco, lo que no acostumbraba, dijo:

—¿A dónde está Eva?

—En su cuarto, contestó Marta; allí aguardará sin duda á que la llameis.

—¿Quién ha dicho que se ponga solo un cubierto?

—Ella.

—¿Por qué?

—Porque dice no sabia si la permitiriais comer con vos.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas del doctor.

—¡Eva! gritó sin reflexionar.

—Aquí estoy, mi amable dueño, contestó entrando.

—Poned el cubierto para la señorita, dijo el doctor procurando ocultar su emoción.